

ANGUITA Y EL TIEMPO MITICO (1914-1992)

Anguita ha muerto, o sea, vive. En sentencia tan breve se encierra toda la filosofía de nuestro Premio Nacional de Literatura en torno al tiempo:

*Tiempo furioso, memoria feroz.
Esa fuerza desprendida del látigo, que sigue ondulando
cuando la mano que lo maneja ya está hecha polvo,
el latigazo aún azota con destreza terrible y melancólica*

(Venus en el pudridero)

Establecer la muerte como la meta hacia la cual se precipita la existencia implica el que en la otra punta del camino existe un comienzo marcado por el signo de la vida. Si puede identificarse el término de un trayecto con la muerte del movimiento, el inicio del mismo debe coincidir con el origen de la vida. Origen y término, vida y muerte son, entonces, los puntos que definen un recorrido. Travesía, viaje, andanza, tránsito, discurso o camino son otros tantos nombres de una misma andadura, en virtud de la cual dos puntos distantes se unen por obra y gracia de un "movens" que se desplaza de un punto a otro en un tiempo determinado.

Consiguientemente, si es el tiempo el síndrome que testifica la existencia de la vida y del movimiento, y si, por otro lado, dicho movimiento se especifica por un fin que es meta, término y muerte, resulta fácil comprender el prestigio de que gozan los orígenes frente al rechazo que despierta el agotamiento propio de ocaso.

El mal que aqueja al mundo y al hombre postula una "sanatio", una salvación, una redención o una liberación, palabras que apuntan a la misma realidad, pero que acentúan un aspecto determinado de la enfermedad y del remedio específico que reclama: porque si en el "hoy" el hombre vive amenazado, condenado y esclavo, en el fabuloso tiempo de los comienzos -"Illo tempore"- ello no fue así. En aquel tiempo primordial, la realidad no estaba condicionada por el desgaste del hombre y por la frustración de su existir, sino por la irrupción maravillosa de lo sobrenatural en el mundo, que creaba la existencia, activaba la vida y transfiguraba la opacidad de lo material.

El tiempo mítico destruye el tiempo profano cronológico y da espacio a un tiempo sagrado recuperado, en el cual el hombre se sumerge haciéndose contemporáneo de la primera acción creadora y objeto de un amor transmutante que lo purifica de las adherencias propias de la coyuntura temporal.

Las cosas -y el hombre entre ellas- son válidas sólo en su primera aparición en el escenario del mundo, cuando su disfraz y maquillaje no son otros que los que el Creador ha querido otorgarles. Cuando el actor pierde la voz, y el vestuario, el apresto; cuando el decorado se desluce y la rutina reemplaza la autenticidad, es necesario volver a la nerviosa noche del estreno, en la que todo fue brillo y aplauso y en la que la obra probó su validez.

El retorno al origen es recuperar la fuerza de lo sagrado y suplantar el pesimismo de la decrepitud ("así reirán mañana otros abuelos, echándonos al olvido") por el optimismo de la renovación. Es lo que postula Anguita como carta de navegación humana.

*"Yo sé: Venimos de la Palabra:
nuestro destino es regresar.
El canto creó al pájaro y no el pájaro al canto.
Entre las yemas recién húmedas del secretísimo rododendro
un ruiseñor está volviendo a ser canto,
todo canto y solamente canto"*

(Venus en el pudridero)

No podría pensarse mejor destino para un poeta que éste de volver a la Palabra Originante que le dio la vida.

Jaime Blume

*Jaime Blume
'28*

